

ANDRÉS SOLANA:

Su adiós en una fotografía



No conocía este trabajo que tienes ahora expuesto, pero como siempre es un excelente análisis fotográfico. La fotografía es como un vuelo alto, casi solitario,

hacia una ruptura en el nivel del objeto que dibuja. Recuerdo algunos momentos de tu producción: algo rondaba siempre la reflexión de tu mirada. Antes de la observación habilitabas un sitio para el pensamiento; era una tarea difícil para alguien como tú que esgrimía armas, argumentos complicados de rebatir. Siempre creí y creo que estaba ante alguien con un conocimiento de la materia, desde todas sus particularidades, bastante profundo. Hablar contigo, no ya sólo de fotografía, sino de lo que está detrás de toda obra y permanece hasta interpretarse y comprenderse, era una aventura y se daba la complicada aserción de que lo que hablabas, teorizabas, se veía después reflejado en lo que finalmente era el producto de tu pesquisa: tu trascendente obra. Había y hay en tu obra esa especie de conjunción mágica de lo pensado y lo hecho, de la extrema coherencia de un oficio que te sirvió para conocer

más al ser humano, al individuo que anda solo a la búsqueda de su espejo, el que le va a responder en qué se ha convertido.

Humano, demasiado humano

En las referencias más existencialistas de tu obra se atisbaba al ser humano representado en su género, en una muñeco de plástico que intentaba reponerse a las celadas de la vida, a esas que no entendemos y sin darnos cuenta cómo llegan, se afianzan y nos cuesta soltar, como lastre perpetuo, pero que son la sustancia que se admite con reserva y dolor. Aquellos seres con aspecto hierático, de mirada inequívoca, de hito en hito, sin hurtar los ojos a la cámara, salían de unos tubos metálicos, duros; salían de la historia pasada con las manos y los brazos abiertos, en medio de unos objetos sin uso concreto que apuntaban una atmósfera opresiva y hacían de la composición una extraña forma de sostener el mundo en un aparente caos. Junto a un ramo de flores secas, de barro sólido su envase, junto a un suelo rociado de



pétalos, los individuos salían de su asombro para encontrarse otra vez con la vida. Y habían otros hombres navegando en un tarro de cristal espesando el mundo, afirmando su cárcel, su desconsuelo. Pero todos esos objetos encontrados fuera del plano de la fotografía, interiorizados antes que mimetizados, hablaban por sí mismos y hablaban de ti y tu perspectiva de la realidad. Porque tu fotografía es una experiencia de conocimiento de la realidad. Una realidad que no estaba en el encuadre, no estaba ligada de manera directa con la luz ni la velocidad, el objeto era requerido para contar una historia que antes de pensarse quedaba descontextualizada y silente, pero que emergía con una profundidad sorprenderte en tu mirada.

Natura

Otra vez la naturaleza, traída desde lejos, desde el umbral de la observación, se posó en tu objetivo: era el canto inicial de la fronda, la viva y silvestre estancia del vegetal en la penumbra; pero aquí también estaba el ser humano importando su condición no entendida de centro gravitatorio, excesivamente razonable y generando senderos de desidia o destrucción. Y tú vuelves de la mirada primigenia y le sorteas al hacha, a la excavadora, el instante y cubres, arropas, curas, cicatrizas, las heridas manifiestas de la incomprensión. Las hojas enormes, rasgadas, hendidas, oscuras, reposaban en el papel, atravesadas por el metal, clavadas, sujetas a la magulladura, heridas, y vueltas a amparar, a armonizar en un intento desesperado, con una tirita, con una banda de esparadrapo, conteniendo, suturando, el hilo de vida que se iba. Y así quedaba expuesta, reparada en su exterior; en el interior seguía latiendo el alambre que la sujetaba, que le tiraba para desprenderla con fuerza, hoja que había caído, mecida en un septiembre luminoso, hacia el rojo patio de fuego en el pecho del petirrojo. Y allí qué feliz en la dicha de la finca. El abrazo recuperado de la flora.

Arquitectura

Miraste la verticalidad, las juntas del hormigón y el acero, la piedra en su cantería, la horizontalidad del paisaje sin individuos; adivinaste los materiales que se amotinaban en tu instantánea, eran

otros, desconocidos, descubiertos; de la arquitectura que iba más allá de la cámara y que en ti era pensamiento, e intuiste lo que es el arte, lo que trascendía a la pequeña y luminosa esfera del momento. Sabías que el espacio se construye, así como el vacío que se siente y por lo tanto existe y alguien lo nombra y lo experimenta y por fin lo capta. Tú fotografiaste el vacío, la sensación de la plenitud de la nada. Los ángulos de tu cielo en las perchas de las estructuras; las ventanas, que igual que hacen de la intimidad su razón, salen hacía las calles, alcanzando al ser humano al lugar del otro. De las casas, de lo que se adivinaba en ellas, una mirada limpia, sólo sujeta a una inmóvil y perpetua estancia libre y precisa. Pero en tu arquitectura telúrica estaba el ser humano y su razón no es otra que su relación con ese espacio fronterizo entre el ser y lo que construye para habitarlo. Y tú habitase la fotografía como pocos han habitado una casa amplia, de grandes estancias, recorridas por tus manos y abierta de par en par para que entremos a buscarte y dejaste señalado para siempre el camino de vuelta.

Encuentro y despedida

Fui a buscarte a la exposición, inevitablemente y compulsivamente. Si hay algo que todavía entiendo es que estabas allí, no en vano la mirada que dejaste es un perfil limitado de tu ausencia. Pero volví y allí sólo habían fotografías colgadas en la pared blanca, como tu muerte. Tú que fotografiabas espacios concretos y había tanta vida en ellos que el individuo se ausentaba en cada grano, ahora estas aquí entre los callaos que gritan de negros luminosos absorbiendo toda la luz posible, luz que te llevas y que dejas; y en la arena aparecen ahora los seres individualizados y anónimos, y hay un leve rastro que se desnute lentamente y en esa consunción vuelves tú y te siento, varado como en todas las muertes, y aciertas a decirme cuales son las partes más oscuras y más luminosas de mí mismo... y en este trance he de decirte que no tengo consuelo, que empecé a escribir esto casi objetivamente y que lloras por más que te supera: Andrés Solana murió en La Palma.



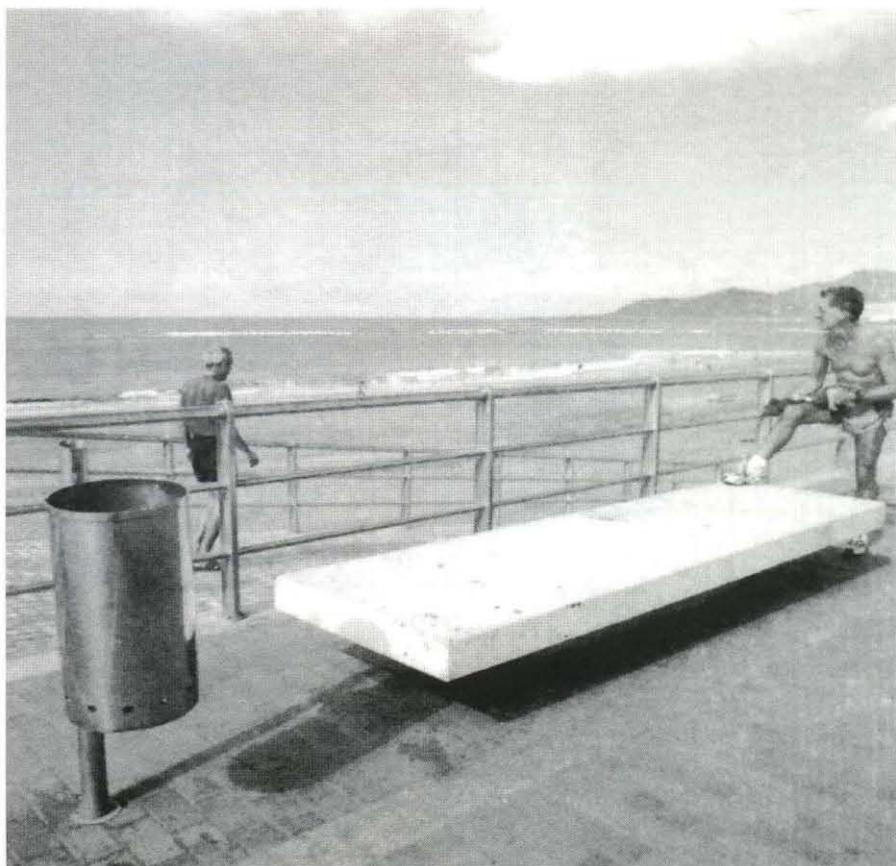


Últimos trabajos expuestos

Cuando a Andrés lo sorprende la muerte en la Isla de La Palma tenía expuestos en el Centro de Iniciativas de la Caja de Canarias de Las Palmas de Gran Canaria algunas muestras de sus últimos trabajos junto a otros tres fotógrafos: Angel Luis Alday, Javier Betancor y Tato Gonçalves. En esta exposición presentó cuatro fotografías como una amplia mirada a su trabajo. Con la mirada asimiladora, indagando siempre la esfera de lo desconocido, de lo arcano, muestra la arquitectura en la construcción de la luz y la sombra, en las diagonales y en los ángulos, el hormigón, el cristal, el acero; en la construcción de la imagen donde se cruzan las líneas de una forma equilibrada y armoniosa, entre la tensión y la serenidad. Absolutamente experimentado en la mirada a la fábrica, encuentra una casa envuelta en plástico que guarda el legado patrimonial en su funda. En la mirada que hace a las nuevas urbanizaciones se detiene en un corte horizontal de la montaña que aloja como su madre profanada las diminutas casas de colores que atrincheradas salen de un soleado letargo; tiene esa imagen la contraposición y el antagonismo de la fractura de la tierra y la geometría del la construcción dentro del propio plano. En otras imágenes se contextualiza al anónimo paseante y las tonalidades de la playa y la arena, los callaos refulgentes, entremezclados de una perfecta simetría en el encuadre y en la interiorización de lo mirado. Los materiales que destacan, el acero, la piedra, la arena, el granito, dan a la imagen una vía de la contemporaneidad tanto en la arquitectura como en la interacción de los diferentes lenguajes plásticos. Diálogo de los materiales en la composición. Revelar otra dimensión de sí mismos, y en ella revelarnos a nosotros en el proceso, esa es la labor que Andrés Solana nos legó.

Apunte biográfico

Andrés Solana nació en La Coruña en 1956 y se trasladó a las Islas a muy temprana edad. Estudió Ciencias Económicas en Málaga y en Las Palmas se diploma como Graduado Social. Fue el responsable del Servicio de Fotografía y Tratamiento de la Imagen de Escuela



Superior de Arquitectura de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria. También fue profesor de la Agrupación Fotográfica de Gran Canaria. Cuando murió se encontraba en excedencia de su ocupación habitual para dedicarse exclusivamente a la "Enciclopedia del Patrimonio Histórico de Canarias" por encargo del Gobierno Canario como responsable de recoger todas las imágenes de nuestro patrimonio que ilustrarían esta enciclopedia. Sin duda uno de los fotógrafos más importantes de Canarias, sus obras estaban catalogadas en el Centro de Documentación del Museo de Arte Contemporáneo, Centro Reina Sofía, así como en otras instituciones. Mostró sus trabajos fotográficos en revistas especializadas en arquitectura y arte de notable prestigio como Basa, Arquitectura, On Diseño, A.V., Periplo, Casa Vogue, Architectural Review y Atlántica, entre otras. Asimismo, ilustró libros como Universidad y Ciudad, Arquitectura racionalista, Arquitectura Modernista, Las palmas de Gran Canaria: Guía de la identidad, Estudio para un espacio y La cocina en Gran Canaria. De sus Llamas, Brazas y Cenizas, entre otros. Expu-

so en numerosas ocasiones dentro y fuera de las Islas en exposiciones individuales y colectivas como: 2 fotógrafos y un pintor, Factoría, Las Palmas de G.C., 1985; 10 fotógrafos canarios, Gobierno Autónomo de Canarias, 1986; Fotomuestra 87. CIC, Las Palmas de Gran Canaria; Racionalismo en Canarias, Cabildo de Gran Canaria, 1987; 2 fotógrafos en torno a un arquitecto, Club Prensa Canaria, 1987; Paralelo 28, Círculo de B.B.A.A., Madrid, 1988; participó en el programa "Metropoli" de TVE-1 bajo el título "50 fotógrafos españoles, 1970-1990", en 1991; Bienal Europea de Federaciones Fotográficas, Nicosia, Chipre, 1992 o en Anastomosis, Encuentro multidisciplinar de creadores, Centro de Arte "La Regenta", Las Palmas de Gran Canaria y Centro de Arte "La Granja", Sta. Cruz de Tenerife, 1994. Su última muestra colectiva fue en el mes de julio de este año bajo el título "4 miradas" en el CICA de Las Palmas de Gran Canaria. Andrés Solana murió en la Isla de La Palma el día 18 de julio de 1999.